

Y los eméritos hablaron...

| Por las **traductoras públicas Ernestina Algañaras y Graciela Bulleraich**, integrantes de la Comisión de Traductores Eméritos |

En el marco de la celebración de los cuarenta años de vida del Colegio de Traductores Públicos de la Ciudad de Buenos Aires, la Comisión de Traductores Eméritos decidió rendirle su homenaje a través de un encuentro en el cual sus integrantes presentaron a la audiencia algunos hitos que marcaron sus largas carreras.

Nuestra Comisión, formada por eméritos con más de cuarenta años de ejercicio profesional, ha tenido su broche de oro este año con la realización de la charla abierta del 22 de agosto pasado, en la que algunos miembros expusimos, comentamos y —por qué no— asombramos a la audiencia con recuerdos y varias anécdotas amenas y entrañables.

La vicepresidenta María Victoria Tuya tuvo la amabilidad de presentar al grupo con gentiles palabras, en reemplazo de la presidenta del Colegio, que por un problema de salud no pudo estar presente.

La traductora Elsa Pintarich comenzó con una exposición teórica acerca de la traducción, la experiencia, el intercambio cultural, la retroalimentación, aquello que sedimenta. Esta experiencia que transita hacia un mundo nuevo, global, donde todo se interrelaciona, donde van desapareciendo las barreras entre habitantes de los diversos países y regiones, donde todos estamos en un mundo que nos contiene. La rememoración y el recuerdo nos llevan hacia aquel donde nos iniciamos. Y el traductor siempre ha estado allí, como el intermediario entre culturas, expresiones, vivencias, etcétera. Hubo citas de Blakemore y del irlandés Joyce Cary, así como una referencia a una película alemana donde se plantea la problemática entre la moral y el derecho. Ahora podemos agregar que la frase *traduttore, traditore* acuñada en Italia nos lleva a pensar que la tarea siempre ha sido ardua.

En un plano ya más relacionado con la praxis propiamente dicha, la traductora Silvia Galperin contó su experiencia relacionada con una visita a Ramos Mejía para estudiar con una compañera. Se trataba de la casa del jefe de estación, a la cual llegó luego de ciertos contratiempos, pero lo más notable fue que su compañera se llamaba Walsh y, cuando años más tarde se enteró de la muerte de María Elena, evocó los ojos de su compañera —iguales a los de ella— para caer en la cuenta de que se trataba de su hermana o de alguna prima. ¡Había estado en casa de María Elena!

Beatriz Berg explicó que su anécdota más jugosa fue conocer a la princesa Yazmin, hija de Rita Hayworth y fundadora de la Asociación Mundial de Alzheimer, en memoria de su madre. Esto fue en Edimburgo (Escocia), donde ofició de intérprete y transmitió los datos de protocolo para que se supiera cómo debían dirigirse a ella. Según cuenta, es un encanto y muy tímida, mucho más pequeña y menuda que Rita, aunque no tan linda, pero muy agradable y sencilla.

Luego llegó el turno de Cecilia Belinco de Gabrielli, graduada en 1966 en la Universidad de Buenos Aires. Durante el transcurso de su carrera, acumuló muchas anécdotas, algunas de las cuales pasaron al olvido, pero hay una que si bien no le ocurrió a ella, sino a una colega, es digna de mención. Uno de sus clientes viajó con su esposa a Río de Janeiro, donde falleció de un infarto. La esposa realizó todos los trámites para la repatriación y, cuando viajaban



hacia el aeropuerto, fueron asaltados por un grupo comando y llevados hacia una favela. La señora, desesperada, llamó a uno de sus hijos, quien viajó con la traductora, y allí tuvieron que vérselas durante varios días negociando con los secuestradores para destrabar la situación. Nunca la colega imaginó encontrarse en una situación así y opina que hay que tener mucho valor para enfrentarlas.

Marta de Barbat contó que durante su adolescencia la carrera de traductora no estaba para nada en sus planes, a diferencia de la docencia, carrera que cursó. Pero estaba terminando sus estudios cuando se enteró de que era posible comenzar el profesorado de Inglés en la Universidad de Córdoba, cosa que hizo, y al terminar el cuarto año obtuvo el título de traductora. Como pequeña anécdota y lejos de su futura actividad, a los catorce años hizo sus primeros ensayos de traducción al ayudar a sus hermanos en sus estudios. Por ello cobró un peso con cincuenta por mes. Corría el año 1942, pero aun así era un buen precio. La docencia siguió siendo su carrera hasta que, a través de su empresa, comenzó a familiarizarse con la traducción referida a temas de propiedad intelectual, actividad que continúa desempeñando.

Ernestina Algañaras relató que corrían los primeros años del nuevo siglo y que la Embajada donde se desempeñaba recibió la noticia de que un grupo de parlamentarios de la Unión Europea vendría como parte de una gira por América Latina para tomar contacto con la situación política, económica

y social de la región. Como pidieron entrevistar a líderes sociales, se gestionó una cita con la CGT (Confederación General del Trabajo), la cual fue concertada de inmediato. Concurrieron el día indicado al viejo edificio de la calle Azopardo, donde fueron conducidos hasta una sala de conferencias sumamente austera. Los recibió un señor pequeño, regordete, de edad madura, que brindó las excusas porque el secretario general estaba en esos momentos con el presidente de la Nación y no los podía atender, pero dijo ser el secretario de relaciones internacionales, con treinta años de militancia, y que podía responder las preguntas que tuvieran. Le tocó a la traductora juntamente con otro funcionario la tarea de interpretar la exposición. De inmediato, comenzó a desgranar fechas, datos y estadísticas en una interminable catarata, sin papeles, al punto de que se vieron un poco en figurillas, pues este hombre parecía estar sacando esos datos de una cantera sin fin. Algunas cifras causaron sorpresa en los visitantes. Finalmente, se informó que había que partir y uno de los visitantes miró a la traductora y en inglés le dijo: «Qué cosa con estas visitas, cuando estamos en un lugar donde vale la pena, nos tenemos que ir». Se intercambiaron tarjetas, invitaciones y agradecimientos, y partieron para visitar el cuarto donde estuvo «guardado» el cadáver de Eva Perón después del golpe, cosa que pareció interesarles sobremanera, mientras la traductora emprendía el regreso, no sin antes meditar sobre los vericuetos donde nos puede llevar esta profesión, pero también acerca de nuestros prejuicios de clase.

>> Y los eméritos hablaron...



Raquel Heinz, con sus floridos noventa y un años, nos contó algunas anécdotas que vivió de muy joven para iniciarse en el camino de la traducción en aquellos años durante los cuales una niña casi requería de quien la protegiera. No obstante, lo primero que le tocó fue auxiliar con la interpretación a un presidiario irlandés en un juicio en su contra y estableció tan buen *rapport* con ella el pobre hombre, que no tenía con quien comunicarse, que en otros dos juicios que tuvo que transitar insistió en que fuera ella la intérprete, hasta que finalmente le puso coto al intercambio.

Elsa Pintarich mencionó un hecho doloroso, como haber tenido que traducir interrogatorios relacionados con el peritaje en uno de los juicios a la Junta Militar, así como otro referido a la traducción de un certificado sanitario para el transporte de tres guacamayos de Alemania al Paraguay vía Buenos Aires, que a raíz de la gripe aviar habían sido retenidos en Ezeiza.

Graciela Pescetto Traverso de Bulleraich nos dejó una reflexión: «Imposible no referirnos al trabajo que algunas de nosotras seguimos realizando como traductoras, tanto en el aula como *freelance*, y no solo como asistentes a conferencias, sino expositoras en mesas redondas. Estamos al día con las nuevas tecnologías, pero siempre recordando las épocas del papel carbónico y las máquinas Olivetti».

Como todos sabemos, la experiencia acumulada vale tanto o más que algún proyecto nuevo, el trabajo profesional destacado o, simplemente, aquella idea innovadora que surge y se va formando a partir de los comentarios sabios de los mayores. Nuestra posición es la de compartir lo vivido con colegas más jóvenes, pero con ansias de superación, a quienes les toca ahora seguir el camino que nosotros ya hemos transitado.

Así surgió la propuesta de convocar a la designación del decano de la profesión, que recayó en el traductor público Emilio Sierra, recientemente fallecido, así como también nuestro deseo de contactarnos con los traductores noveles, recién egresados de las universidades, y de organizar una visita en el transcurso del año a Villa Ocampo en San Isidro, perteneciente a la escritora y traductora Victoria Ocampo, que cuenta con material bibliográfico muy útil para la tarea que nos incumbe. También ocupa un lugar importante en la agenda de la Comisión la conveniencia de dar lectura a todos aquellos textos nuevos que podamos recopilar referidos a la tarea «invisible» del traductor, a la labor desarrollada por los intérpretes, los peritos de la justicia, los correctores de textos, incluso a la frecuentemente citada y famosa Torre de Babel y muchos otros casos ilustrativos de interés.

Para terminar, las colegas respondieron algunas preguntas formuladas por el público. ■